



ACTO V

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

ANA KENNEDY, vestida de riguroso luto, llorosa y profundamente agitada, se ocupa en sellar algunas cartas y papeles. Con frecuencia el dolor la obliga á interrumpir su tarea y se pone á rezar.—PAULETO y DRURY, vestidos también de negro, se adelantan seguidos de algunos criados que traen vasos de oro y de plata, cuadros y otros efectos preciosos, y van colocándolos en el fondo de la escena.—PAULETO entrega á la nodriza un cofrecillo y un papel, y le indica por señas que es la lista de los objetos traídos. La vista de tales riquezas renueva el dolor de la nodriza. Los demás se alejan en silencio.—Entra MELVIL.

ANA (*exclama al verle*):



MELVIL, sois vos; vuelvo á veros.

MELVIL.—Sí, querida Kennedy, volvemos á vernos.

ANA.—Tras larga y dolorosa separación.

MELVIL.—¡En qué triste y deplorable ocasión nos reunimos!

ANA.—¡Dios mío!... venis...

MELVIL.—A dar el último adiós á la Reina.

ANA.—Por fin, hoy, en el día de su muerte, le han concedido el favor de ver de nuevo á sus servidores. ¡Oh, caro Melvil!... ¡No os pregunto qué habéis pasado, ni he de deciros tampoco cuánto hemos sufrido

desde que os separaron de nosotras! ¡Ay de mí! ¡Ya llegará el momento!... ¡Oh, Melvil... Melvil!... ¿valía la pena de vivir para ver la aurora de este día?

MELVIL.—No nos enternezcamos mutuamente. Lloraré cuanto dure mi vida,... ni he de sonreír nunca más, ni he de quitarme este luto; será eterno mi dolor, pero hoy quiero tener firmeza. Prometedme que moderaréis también el vuestro, y mientras los demás se entregarán sin consuelo á la desesperación, nosotros con noble y varonil presencia de ánimo la acompañaremos y prestaremos apoyo en el camino de la muerte.

ANA.—Os engañáis, Melvil, si pensáis que la Reina necesita nuestro auxilio para dirigirse á la muerte con entereza. Ella será quien nos dé ejemplo de noble serenidad. Nada temáis; María Estuardo va á morir como reina y como heroína.

MELVIL.—¿Recibió con serenidad el anuncio de su muerte? Han dicho que no lo esperaba.

ANA.—No; no lo esperaba. Otros eran los temores que la conmovían. María no temblaba á la idea de la ejecución, sino al aspecto de su libertador. Nos habían prometido la libertad. Mortimer nos anunció que esta misma noche vendría á arrancarnos de aquí, y vacilando entre el temor y la esperanza, dudosa de si confiaría á aquel joven audaz su honor y su real persona, así ha aguardado la Reina hasta el alba. Entonces ha resonado el tumulto en el castillo, y hemos oído con espanto repetidos martillazos. Creídas de que llegaban los libertadores, sonreímos á la esperanza, y el irresistible amor a la vida se apodera de nosotras... la puerta se abre... y sir Pauleto nos anuncia que los artesanos levantan el patíbulo bajo nuestros pies. (*Vuelve el rostro poseída de violenta pena.*)

MELVIL.—¡Justo Dios!... ¡Oh!... decidme, ¿cómo ha soportado María tan terrible decepción?

ANA (*después de una breve pausa, durante la cual se ha esforzado en serenarse*).—No nos desprendemos de los brazos de la vida poco á poco; de una sola vez, y en un instante, pasamos de lo terreno á lo eterno. Dios concedió en tal instante á mi señora la fuerza necesaria para rechazar con ánimo resuelto las esperanzas de la tierra, y lanzarse con fe ardiente hacia el cielo. No se ha rebajado con la menor queja, con el menor signo de terror. Sólo ha llorado al saber la vergonzosa traición de lord Leicester, y la desdichada suerte del valeroso joven que se sacrificó por ella, viendo sobre todo el profundo pesar del anciano caballero á quien arrebató la última esperanza. Por el dolor ajeno, no por la propia suerte, ha llorado.

MELVIL.—¿Dónde está ahora?... ¿Podéis conducirme junto á ella?

ANA.—Ha pasado el resto de la noche rezando, despidiéndose por cartas de sus amigos, y redactando su testamento de propio puño. Ahora descansa; este último sueño la reanimará.

MELVIL.—¿Quién está con ella?

ANA.—Su médico Burgoyne y sus camareras.

ESCENA II

Dichos.—MARGARITA KURL

ANA.—¿Qué traéis? ¿Está la señora despierta?

MARGARITA (*enjugando sus lágrimas*).—Está ya vestida y os llama.

ANA.—Voy. (*A Melvil que intenta acompañarla*.) No me sigáis; primero quiero prepararla para recibirlos.

(*Vase.*)

MARGARITA.—¡Melvil!... el antiguo mayordomo de la casa.

MELVIL.—Sí; yo soy.

MARGARITA.—La casa no necesita ya quien la gobierne... Sin duda llegáis de Londres, Melvil; ¿podrías darme noticias de mi marido?

MELVIL.—Pronto será puesto en libertad, según dicen, en cuanto...



MARGARITA.—En cuanto la Reina deje de existir... ¡Ah!... el indigno... el infame traidor; él es el verdadero asesino de nuestra ama; dicen que la condenaron de resultas de su declaración.

MELVIL.—¡Verdad!

MARGARITA.—¡Ah! ¡Maldita sea su alma hasta en los infiernos!... Ha declarado en falso.

MELVIL.—Milady Kurl, pensad lo que decís.

MARGARITA.—Sí; quiero jurarlo ante el tribunal, quiero repetírselo á él mismo; quiero decirlo al mundo entero: María muere inocente.

MELVIL.—¡Oh! ¡Dios lo quiera!

ESCENA III

Dichos.—BURGOYN.—Luego ANA

BURGOYN (*viendo á Melvil*).—¡Oh! Melvil.

MELVIL (*abrazándole*).—¡Burgoyn!

BURGOYN (*á Margarita*).—Un vaso de vino para la Reina... ¡pronto! (*Margarita se va.*)

MELVIL.—Qué, ¿no se siente bien?

BURGOYN.—No, al contrario muy fuerte; la engaña su heroico valor y cree que no necesita alimento. Y sin embargo, se le prepara todavía rudo combate, y no convendría que sus enemigos atribuyeran al temor de morir, la palidez que extenderá sobre el semblante la debilidad del cuerpo.

MELVIL (*á Ana que entra de nuevo en escena*).—¿No desea verme?

ANA.—Ella misma saldrá aquí. Parece que miráis en torno con sorpresa y me preguntais con la mirada qué significa este aparato de pompa en la mansión de la muerte! ¡Oh! sir Melvil; hemos sufrido privaciones en vida, y ahora llega con la muerte lo superfluo.

ESCENA IV

Dichos.—Otras dos SIRVIENTAS de María, de luto; prorrumpen en llanto á la vista de MELVIL

MELVIL.—¡Qué espectáculo!... ¡Qué reunión! ¡Gertrudis! ¡Rosamunda!

LA 2.^a SIRVIENTA.—Ha mandado que nos retiráramos. Quiere departir con Dios por última vez.

(Otras dos mujeres entran, vestidas también de luto, y dan muestras de dolor.)

ESCENA V

Dichos.—MARGARITA KURL, trayendo una copa de oro llena de vino, la pone sobre una mesa, y pálida y temblando se apoya en un sillón.

MELVIL.—¿Qué tenéis?... ¿Por qué este terror?

MARGARITA.—¡Ah! ¡Dios mío!

BURGOYN.—¿Qué tenéis?

MARGARITA.—¡Lo que acabo de ver!... ¡Dios mío!

MELVIL.—Volved en vos... decidnos... ¿qué?

MARGARITA.—Subía con esta copa la gran escalera que conduce á la sala de abajo, cuando se ha abierto la puerta... y he visto... he visto... ¡Dios mío!

MELVIL.—¿Qué habéis visto?... Serenaos.

MARGARITA.—Los muros revestidos de negro; un tablado sobre el pavimento y cubierto también de negro; el pilón negro, un almohadón, y junto á él el hacha recientemente afilada. La sala está llena de gente que se agolpa junto á estos instrumentos de muerte, y que ávida de sangre, aguarda á la víctima.

LAS MUJERES.—Dios se apiade de nuestra querida ama.

MELVIL.—Serenaos; ella se acerca.

ESCENA VI

Dichos.—MARÍA, vestida de blanco y engalanada con un *Agnus Dei* á guisa de collar; el rosario colgando de la cintura, y un crucifijo en la mano; ciñe su frente una corona y flota á su espalda largo velo negro. Apenas se adelanta, los criados se ponen en fila á ambos lados, y MELVIL cae involuntariamente de hinojos. Todos dan muestras de dolor.

MARÍA (*con serena dignidad y mirando en torno suyo*).—¿Por qué gemir?... ¿Por qué llorar? Debiérais

alegraros conmigo de ver llegado el término de mis dolores, caídas mis cadenas, abierto mi calabozo, y gozosa el alma pronta á lanzarse con alas de ángel hacia la eterna libertad! Sólo cuando gemía bajo el poder de mi enemiga orgullosa, y soportaba los indignos ultrajes que me infirió una reina, sólo entonces era tiempo de llorar por mí! Pero hoy, la bienhechora muerte se acerca como grave amigo, y cubre mi vergüenza con sus negras alas. El último instante de su vida, redime y ennoblece al hombre. Nueva vez me siento reina; nueva vez me siento digna. (*Adelanta algunos pasos.*) ¡Cómo!... ¿Aquí Melvil? No permanezcáis así, caballero; alzad; sois venido á presenciar el triunfo de vuestra reina, y no su muerte. Es para mí dicha inesperada que mi memoria no pertenezca aún por entero á los enemigos, y me asista en la hora de la muerte un amigo que profesa mis creencias. Decidme, noble caballero, ¿qué os ocurrió en esta tierra enemiga é inhospitalaria, desde el día en que os arrancaron de mi lado?... ¡Cuántas veces afligió mi corazón la inquietud que sentía por vuestra suerte!

MELVIL.—No probé otro dolor que el de veros en semejante estado sin poder serviros.

MARÍA.—¿Qué ha sido de Didier, mi anciano servidor? Duerme sin duda de mucho tiempo acá el eterno sueño, porque era de edad muy avanzada.

MELVIL.—Dios no le acordó tal gracia; vive para enterrar vuestra juventud.

MARÍA.—¡Ah! ¡Que no pueda, antes de morir, estrechar entre mis brazos uno de los queridos seres de mi familia! Pero está escrito que muera entre extraños y vea tan sólo lágrimas en torno mío.—Melvil, depongo en vuestro corazón fiel, mis últimos votos por los míos. Bendigo al rey cristianísimo, mi cuñado, y á la real familia de Francia; bendigo á mi tío el cardenal, y á Enrique de Guisa, mi noble primo; bendigo

al Papa, el sagrado vicario de Jesucristo, que me bendice á su vez, y al Rey Católico que se ofreció generosamente para salvarme y vengarme. Todos figuran en mi testamento y recibirán algunos dones de mi cariño, que por pobres que sean, no despreciarán seguramente. (*Se dirige á sus servidores.*) Os he recomendado á mi hermano el rey de Francia; cuidará de vosotros, y os dará una nueva patria. Si queréis respetar mi último deseo, no os quedéis en Inglaterra; no le sea dado al inglés apacentar su orgullo con vuestro infortunio, ni ver en el fango á los que me sirvieron en vida. Sobre esta imagen del Crucificado, prometedme que abandonaréis esta desdichada isla en cuanto deje de existir.

MELVIL (*tocando el crucifijo*).—Os lo juro en nombre de los presentes.

MARÍA.—Lo último que poseía yo, pobre y despojada de todo, lo último de que puedo disponer libremente, lo he repartido entre vosotros, y espero que será respetada mi última voluntad. Cuanto llevo, dirigiéndome al suplicio, os pertenece también. Permittedme que me adorne por última vez con las galas de la tierra, al emprender el camino del cielo. (*A sus mujeres.*) Alicia, Gertrudis, Rosamunda, os destino mis perlas, mis vestidos, porque las alhajas placen aún á vuestra juventud. Tú, Margarita, tú tienes más que otra alguna derecho á mi generosidad, porque eres la que dejo en la mayor desgracia. Por mi testamento se verá que no quise vengar en ti el crimen de tu esposo. A ti, mi fiel Ana, á quien no pueden seducir ya ni el oro, ni el brillo de las joyas, á ti dedico mi recuerdo, que será tu más precioso tesoro. Toma este pañuelo; lo he bordado para ti en las horas de dolor, y está empapado en mis ardientes lágrimas. Con él me vendarás los ojos cuando llegue el instante; quiero recibir de mi Ana este último servicio.

ANA.—¡Ah, Melvil, no puedo soportar esto!

MARÍA.—Venid todos, venid y recibid mi último adiós. (*Les tiende la mano; todos caen á sus plantas sollozando.*) Adiós, Margarita; adiós, Alicia. Os doy las gracias, Burgoyne, por vuestros servicios.—Gertrudis, tus labios queman. ¡Ah, he sido muy odiada, pero también muy amada! Que un noble esposo te haga feliz, Gertrudis mía, porque tu corazón ardiente necesita amor. Berta, tú elegiste el mejor partido; ¡serás la casta esposa del cielo!... Apresúrate á cumplir tus votos; ya veis, por vuestra Reina, ¡cuán engañosos los bienes de este mundo!... Basta, no más, adiós... adiós; adiós para siempre.

(Se aparta de ellos rápidamente; todos se retiran á excepción de Melvil.)

ESCENA VII (1)

MARÍA.—MELVIL

MARÍA.—He arreglado ya todas las cosas terrenas, y espero salir de este mundo libre de deudas para con los hombres. Sólo una cosa, Melvil, oprime mi alma, y la impide volar con júbilo y libertad.

MELVIL.—Decídmela; aliviad vuestro corazón, confiando tales inquietudes á un fiel amigo.

MARÍA.—Vedme al borde de la eternidad, pronta á

(1) Esta escena ha sido considerada inconveniente é irre-presentable por todos los comentadores de Schiller. Atenúa además el efecto de las anteriores, y es absolutamente superflua, exceptuando el pasaje en que María se declara inocente del crimen que le imputaron. Dada la solemnidad del acto, esta declaración acaba de realzarla del todo y hace más conmovedora su muerte. Por lo demás, como en el libro no tiene los mismos inconvenientes que en el teatro, no hemos creído necesario suprimirla.

comparecer ante el Juez supremo, y no me he reconciliado todavía con el Santo entre los santos. Me han negado la asistencia de un sacerdote de mi Iglesia, y yo no quiero recibir el pan del cielo de manos de un falso presbítero. Quiero morir en el seno de mi Iglesia, la única que puede darnos la salvación.

MELVIL.—Serenaos, señora; el cielo tiene en cuenta tan piadosos y sinceros deseos, aun cuando no puedan realizarse. El poder de la tiranía sólo ata las manos, mas el alma religiosa se lanza libremente hacia Dios; la letra mata, el espíritu vivifica.

MARÍA.—¡Ah! Melvil; el corazón no se basta á sí mismo; la fe reclama una prenda material para tomar posesión de los bienes del cielo. Por esto, Dios se hizo hombre, y dió forma visible en el misterio á los invisibles dones celestiales. La Iglesia, la santa y sublime Iglesia establece el lazo de unión entre el cielo y nosotros, y es llamada católica y universal porque en ella la creencia de todos fortifica la creencia de cada uno. Cuando millares de fieles adoran y rezan, la llama se eleva de la hoguera, y el alma, desplegando sus alas, vuela al cielo. ¡Oh!... Felices los que se congregan para rogar en común en la casa del Señor!... Ornado el altar, resplandeciente de luces, suena la campana, se esparce el incienso; el celebrante, revestido de su immaculada túnica, toma el cáliz, lo bendice, proclama el sublime milagro de la transustanciación, y el pueblo, persuadido y fervoroso, se prosterna ante un Dios presente. ¡Ay de mí! Sólo yo, excluída de esta comunidad, no veo llegar hasta mi calabozo la bendición del cielo!

MELVIL.—Llega, sí, hasta vos; está cerca de vos. Confíad en el Todopoderoso. Florece la seca vara en manos del creyente, y Dios, que hizo brotar agua de las peñas, puede preparar un altar en vuestro calabozo y convertir en celestial bebida el común brebaje que

contiene esta copa. (*Toma la copa de encima la mesa.*)

MARÍA.—Melvil, ¿os habré comprendido? Sí; os comprendo. No hay aquí sacerdote, ni sagrada mesa, ni este es templo, pero Jesús ha dicho: «Cuando dos se reúnan en mi nombre, me hallaré entre ellos.» ¿Qué hace del sacerdote el órgano del Señor, si no es la pureza del corazón, y la intachable conducta?... Así, aunque no fuisteis ordenado, sois para mí un sacerdote, mensajero de Dios que viene á traerme la paz. Quiero confesarme con vos, por última vez, y recibir la absolución por vuestra mano.

MELVIL.—Si tan grande es vuestro fervor, ¡oh Reina! sabed que Dios puede hacer un milagro para daros consuelo. Decís que no hay aquí ni sacerdote, ni altar, ni hostia; pues os engañáis; hay aquí un sacerdote, y el cuerpo de Jesucristo. (*A estas palabras se descubre y muestra una hostia en una cajita de oro.*) He sido ordenado para oír vuestra última confesión, y anunciaros la paz en el camino de la muerte, y traeros esta hostia consagrada por el mismo Padre Santo.

MARÍA.—Así me fué reservada en el dintel de la muerte una dicha divina. Como ser inmortal descendido en nube de oro, como el ángel que abriendo las cerradas puertas libertó al apóstol de sus cadenas y de su prisión, sin que espadas ni cerrojos lo impidieran, así viene á sorprenderme en mi cárcel divino mensajero, cuando me engañaron mis libertadores de la tierra. Vos que fuisteis un día mi servidor, sed ahora servidor é instrumento del Altísimo; si ayer hincasteis ante mí la rodilla, hoy me inclino yo á vuestra presencia. (*Cae de hinojos á los pies de Melvil.*)

MELVIL (*después de haber hecho la señal de la cruz*).—En nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Reina María, ¿interrogasteis vuestro corazón? ¿juráis y prometéis decir verdad ante el Dios de la verdad?

MARÍA.—Mi corazón está abierto para vos y para Él.

MELVIL.—Hablad; ¿de qué pecados os acusa la conciencia desde la última vez que os reconciliásteis con Dios?

MARÍA.—Mi corazón se ha henchido de odio y de envidia, y en mi seno se agitaban pensamientos de venganza. Yo, humilde pecadora, esperé el perdón de Dios, y no podía perdonar á mi rival.

MELVIL.—¿Os arrepentís de vuestra falta, y estáis gravemente resuelta á dejar el mundo sin rencores?

MARÍA.—Sí; tan cierto como que espero el perdón de Dios.

MELVIL.—¿De qué otro pecado os acusa la conciencia?

MARÍA.—¡Ah! no sólo con el odio, sino también con amor culpable ofendí la divina bondad. Mi vano corazón fué arrebatado hacia un hombre que me hizo traición y me abandonó.

MELVIL.—¿Os arrepentís de esta falta, y alejose el alma de este vano ídolo para retornar á Dios?

MARÍA.—He debido combatir cruelmente mi pasión, pero el último vínculo terreno se ha roto ya.

MELVIL.—¿De qué más os acusa la conciencia?

MARÍA.—¡Ah!... Un sangriento crimen, confesado mucho tiempo há, vuelve á atormentarme con nueva fuerza y nuevos terrores en este momento, y se interpone como siniestro fantasma entre el cielo y yo. Permití que degollaran á mi esposo, y concedí mi mano al asesino. Expié mi crimen con los más rigurosos castigos que la Iglesia impone; pero la serpiente que se agita en mi seno, no se adormece.

MELVIL.—¿No os acusáis de alguna otra falta todavía no confesada, ni expiada?

MARÍA.—Sabéis cuanto grava mi conciencia.

MELVIL.—Pensad en el Dios omnipotente que se halla junto á vos, pensad en el castigo con que la Iglesia amenaza á los que se confiesan mal. Falta es

esta que merece la condenación eterna, porque es pecar contra el Espíritu Santo.

MARÍA.—Niégume Dios la victoria en este último combate, si de intento callé la menor cosa.

MELVIL.— ¡Cómo!... ¿ocultaréis á vuestro Dios el crimen por el cual os castigan los hombres?... ¿Nada me decis de la parte que tomasteis en la alta traición de Babingthor y de Parry? Sufris por ella la muerte temporal, ¿y querréis condenaros también á la muerte eterna?

MARÍA.—Me hallo pronta á entrar en la eternidad; tras breve instante compareceré ante mi Juez; y sin embargo, repito que mi confesión es completa.

MELVIL.—Pensadlo bien; reflexionad que el corazón nos engaña, y quizá, deseando interiormente el crimen, evitasteis, con artificiosa doblez, la palabra que debía haceros culpable á vuestros ojos... pensad que ningún artificio escapa a la mirada de fuego de Aquel que lee en vuestra alma.

MARÍA.—Rogué a los príncipes que me libertaran de indignas cadenas; pero jamás, ni de obra, ni con el pensamiento, atenté a la vida de mi enemiga.

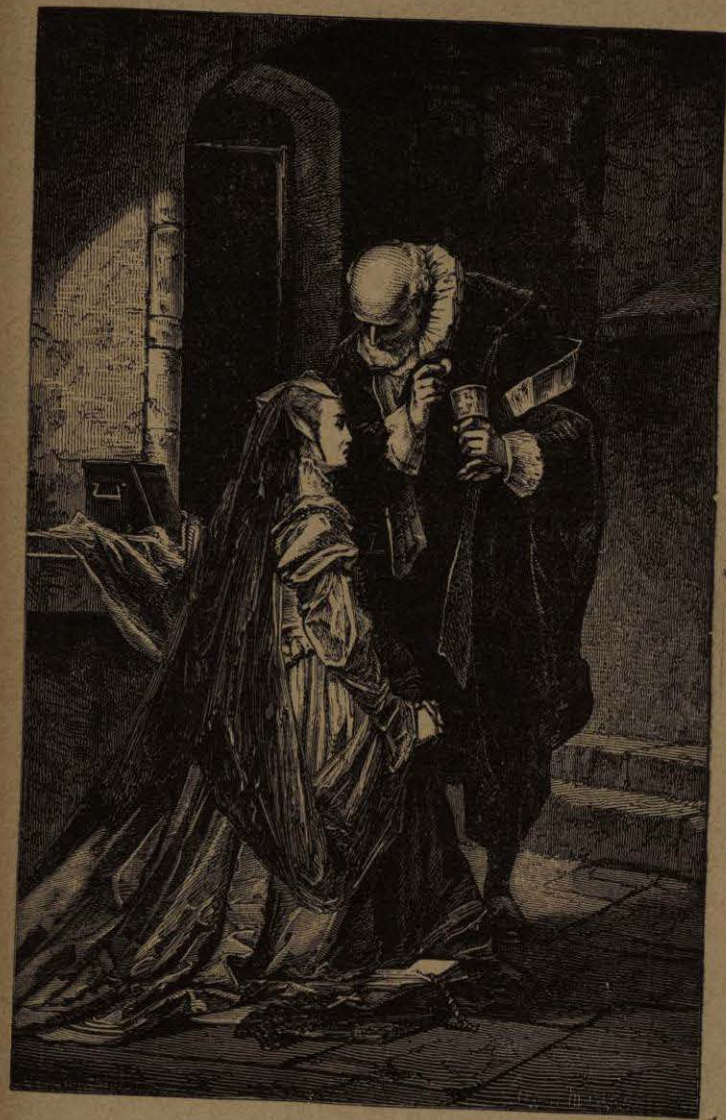
MELVIL.—¿Así será falso el testimonio de vuestros secretarios?

MARÍA.—Declaro la verdad... júzuelos Dios por su testimonio.

MELVIL.—¿Así, subís al patíbulo persuadida de vuestra inocencia?

MARÍA.—Dios me concede la gracia de expiar con mi inmerecida muerte las sangrientas faltas que cometi.

MELVIL (*bendiciéndola*).—Id; expiadlas muriendo. Resignada víctima, caed sobre el ara. Sangriento castigo puede redimir de sangriento crimen. Fuísteis sólo culpable, cediendo a femenil flaqueza, y los bienaventurados se despojan de ellas con la transfigu-



Últimos momentos de María Estuardo

ración. Os absuelvo pues, en virtud de mis poderes, de todos vuestros pecados, y sea como creisteis. (*Le administra la sagrada forma.*) Recibid el cuerpo sacrificado por vos. (*Toma el cáliz, lo consagra en silencio, y después lo ofrece á María, quien vacila y lo rechaza.*) Bebed esta sangre vertida por vos, bebedla; el Papa os concedé esta gracia; podéis en el supremo instante gozar de este sublime privilegio de los reyes. (*María toma el cáliz.*) Del modo que en vuestros padecimientos terrenos vivisteis misteriosamente unida á Dios, así en el reino de la bienaventuranza seréis ángel de luz, unido para siempre al Altísimo. (*Coloca el cáliz encima de la mesa. Rumores fuera. Se cubre y se dirige á la puerta. María permanece arrodillada con profundo recogimiento.*) Debéis sostener todavía último y rudo combate. ¿Os sentís con bastante fortaleza para dominar toda emoción de odio y de cólera?

MARÍA.—No temo reincidencia alguna; sacrifiqué á mi Dios mi amor y mi odio.

MELVIL.—Preparaos, pues, á recibir á los lores Burleigh y Leicester. Ya están aquí.

ESCENA VIII

Dichos.—BURLEIGH.—LEICESTER.—PAULETO. Leicester permanece retirado sin levantar los ojos. Burleigh, que observa su actitud, se adelanta entre él y la Reina.

BURLEIGH.—Lady Estuardo, vengo á recibir vuestras últimas órdenes.

MARÍA.—Gracias, milord.

BURLEIGH.—La Reina quiere que nada se os rehuse en justicia.

MARÍA.—Mi testamento encierra mis últimos deseos. Lo entregué al caballero Pauleto; pido que sea ejecutado con toda fidelidad.

PAULETO.—Descuidad por lo que á eso atañe.

MARÍA.—Pido que se permita á mis criados retirarse con libertad á Escocia, ó Francia, ó donde ellos quieran.

BURLEIGH.—Se hará como lo deseáis.

MARÍA.—Y puesto que mi cuerpo no descansará en tierra sagrada, permitid al menos que este mi fiel servidor lleve mi corazón á mis deudos de Francia: ¡con ellos, ay de mí!... estuvo siempre.

BURLEIGH.—Se hará así. ¿Deseáis algo más?

MARÍA.—Saludad en nombre de su hermana á la Reina de Inglaterra; decidle que le perdono mi muerte de todo corazón, y que deploro mi arrebato de ayer. ¡Dios la tenga en su guarda, y le conceda venturoso reinado!

BURLEIGH.—Decidme si, mejor aconsejada, desdenáis todavía la asistencia del deán.

MARÍA.—Me he reconciliado con mi Dios... Sir Pauleto, os he causado involuntariamente dolor profundo, arrebatandoos el báculo de vuestra ancianidad. Espero que no conservaréis de mí odioso recuerdo.

PAULETO (*dándole la mano*).—Dios sea con vos; id en paz.

ESCENA IX

Dichos.—ANA KENNEDY y las demás sirvientas de la Reina entran con muestras de terror; detrás de ellas, el sherif empuñando una varilla blanca; á su espalda y fuera de la puerta algunos hombres armados.

MARÍA.—¿Qué tienes, Ana?... Sí; llegó el momento; el sherif viene para conducirnos á la muerte, y fuerza es separarnos... adiós, adiós... (*Sus sirvientas la abrazan con vivísimo dolor. A Melvil.*) Vos, digno amigo, y

mi fiel Kennedy, me acompañaréis en este trance supremo. Milord no me rehusará esta satisfacción.

BURLEIGH.—No está en mi poder.

MARÍA.—¡Cómo!... ¿Podréis rehusarme tan leve favor? Respetad mi sexo. ¿Quién me prestaría este último servicio? No puede querer mi hermana la Reina que se ofenda mi sexo en mi persona, y que los hombres pongan en ella la grosera mano.

BURLEIGH.—No debe subir al cadalso con vos mujer alguna... Sus gritos... sus gemidos...

MARÍA.—No gemirá; respondo de la entereza de mi Kennedy... Sed bondadoso para conmigo, milord; ¡oh! no me separéis, en el postrer instante, de mi fiel nodriza, de la que hasta ahora me ha cuidado; me recibió en sus brazos al nacer, y me conducirá á morir.

PAULETO (*á Burleigh*).—Permitídselo.

BURLEIGH.—Sea.

MARÍA.—Ahora ya nada tengo que pedir en este mundo. (*Toma el crucifijo y lo besa.*) Salvador mio, Redentor mio, tú que extendiste los brazos sobre la cruz, extiéndelos hoy para recibirme. (*Va á salir, cuando sus miradas se encuentran con las de Leicester, quien turbado por las palabras de Maria ha osado contemplarla. Al ver á Leicester, Maria se estremece y se doblan sus rodillas; próxima á caer, Leicester la sostiene y la recibe en sus brazos. Ella le mira breve rato, solemnemente y en silencio, y Leicester no puede sostener aquella mirada; por fin ella dice:*) Cumplís vuestra palabra, conde de Leicester; me prometisteis el apoyo de vuestro brazo para salir de la prisión y me lo prestáis. (*Queda anonadado. Maria con acento más cariñoso:*) Sí, Leicester; y no sólo debíais darme la libertad, sino que habíais de encarecer para mí su valor inestimable. Apoyada en vuestro brazo, feliz con vuestro amor, hubiera empezado para mí una nueva existencia. Cuando voy á dejar este mundo, y á convertirme en celestial espíritu, al cual no seduci-

rá humano deseo, bien puedo confesar sin rubor y sin vergüenza mi flaqueza que he dominado. Adiós, y si os fuere posible, sed dichoso. Osasteis aspirar á la mano de dos reinas; desdeñasteis, hicisteis traición á un corazón tierno y amante, para ganar otro, orgulloso; caed á las plantas de Isabel, y ruego á Dios que tal recompensa no se convierta en vuestro castigo. Adiós; nada me queda en este mundo.

(Se adelanta precedida del sherif y acompañada de Melvil y de su nodriza. Burleigh y Pauleto, detrás. Los demás la siguen con los ojos hasta que sale, y después se alejan por las otras puertas.)

ESCENA X

LEICESTER, solo

¡Y vivo todavía! ¡y soporto la vida! ¡Cómo no se han derrumbado sobre mí estas pesadas bóvedas! ¡Cómo no se abre á mis pies el abismo, para tragar al más miserable de los miserables! ¡Oh! ¡Cuánto he perdido! ¡Qué perla he desdeñado! ¡De qué celestial ventura me privé! Se aleja, semejante á un ángel de luz, y me abandona en las garras de la desesperación de los réprobos. ¿Qué se hizo de mi entereza, de aquella entereza con que me prometí ahogar la voz de mi corazón y ver cómo rodaba su cabeza, sin pestañear siquiera? ¿Resucitó á su aspecto mi vergüenza, que creí extinguida? Acaso al morir prenderá mi alma en los lazos del amor... ¡Ah! ¡Condenado!... Inútil es que te entregues á femenil piedad; la dicha del amor no ha de hallarse jamás en tu camino; reviste tu pecho de férrea armadura y sea tu frente como la roca. Si no quieres perder el precio de tu deshonor, vé, vé hasta el fin; enmudezca tu compa-

sión, séquense tus ojos como piedras... quiero verla caer... quiero ser testigo... (Se dirige con paso firme hacia la puerta por donde salió María, y después se detiene en mitad del camino.) ¡En vano!... ¡en vano!... ¡Horror infernal se apodera de mí!... ¡No puedo contemplar este atroz espectáculo... no puedo verla morir!... Oigamos... ¿Qué?... Están ya abajo... Bajo mis plantas se prepara la horrible ejecución... Oigo voces... Salgamos, salgamos de esta mansión del terror y la muerte. (Intenta huir por otra puerta, pero la encuentra cerrada y vuelve.) ¿Qué?... Un Dios me encadena á este suelo. ¿Me veré forzado á oír lo que me da horror de ver?... ¡La voz del deán... la exhorta... Ella le interrumpe... Oigamos... Ruega en alta voz y con firme acento... todo calla; todo; oigo tan sólo gemidos... lloran las mujeres... La desnudan... retiran la silla... Se arrodilla sobre el almohadón... coloca su cabeza!...

(Pronuncia estas últimas palabras con angustia creciente, se detiene después, y de repente, víctima de violenta emoción cae sin sentido. En el mismo instante suena debajo rumor confuso de voces que dura largo rato.)

ESCENA XI

El teatro representa la habitación de la Reina del acto cuarto
ISABEL, sola

ISABEL.—(Se adelanta por una puerta lateral; su andar y sus ademanes indican violenta agitación.) ¡Nadie todavía! ¡Ninguna noticia! ¡No llegará la tarde... se ha detenido el sol en su carrera! No puedo soportar por más tiempo la tortura de la expectación; ¡se habrá ó no se habrá consumado la obra! Ambas ideas me espantan, y no me atrevo á preguntar á nadie... Ni el conde de Leicester, ni Burleigh, á quienes designé

para ejecutar la sentencia, han comparecido... ¿Habrán salido de Londres?... Si es así, la flecha fué lanzada, vuela, llega, hiere, ha herido, y aunque se tratara de todo mi reino, me es imposible detenerla... ¿Quién viene?

ESCENA XII

ISABEL.—Un paje

ISABEL.— ¡ Vuelves solo!... ¡ Dónde están los lores!

PAJE.—Milord Leicester y el gran tesorero...

ISABEL (*con viva impaciencia*).—¿Dónde están?

PAJE.—No están en Londres.

ISABEL.—No están... ¿Dónde están pues?

PAJE.—Nadie ha podido decirlo.... Con el alba.... ambos lores han salido secreta y precipitadamente de la ciudad.

ISABEL (*con vivo movimiento*).—Ya soy reina de Inglaterra. (*Se pasea vivamente agitada*).... Vé... llama... No... aguarda... ¡ Muerta!... Por fin me siento á mis anchas en la tierra... ¿Por qué temblar?... ¿Por qué esta angustia?... La tumba encierra todos mis temores... ¿Quién osará decir que yo ordené la ejecución?... No han de faltarme lágrimas para llorar á la que ha sucumbido. (*Al paje*). ¿Estás aún aquí? Di á mi secretario Davison, que venga al instante... y que vayan por el conde Talbot... Hele aquí. (*El paje se va*.)

ESCENA XIII

ISABEL.—TALBOT

ISABEL.—Bienvenido, noble lord. ¿Qué nueva nos traéis? Sin duda algo grave os conduce aquí á hora tan avanzada.

TALBOT.—Gran Reina, mi corazón, inquieto y cuidadoso por vuestra gloria, me ha llevado hoy á la Torre, prisión de Kurl y Nau, los secretarios de María; quise cerciorarme por última vez de la verdad de sus declaraciones. Perplejo, sobrecogido, el oficial de la Torre se negaba á mostrarme los presos, hasta que al fin cedió á mis amenazas. ¡ Dios mío!... ¡ qué espectáculo se ha presentado á mis ojos!... Con el cabello en desorden, y la vista extraviada, el escocés Kurl estaba tendido en el lecho, como atormentado por las furias... En cuanto me reconoce el desdichado, se arroja á mis plantas, se abraza á mis rodillas con gritos de dolor, se revuelca por el suelo víctima de la desesperación, rogándome, instándome á que le diga qué es de María Estuardo, porque el rumor de que ha sido condenada á la última pena ha llegado hasta los calabozos de la Torre. Apenas le he dicho la verdad y he añadido que debía la muerte á su declaración, se lanza enfurecido sobre su cómplice, lo derriba con fuerzas de energúmeno, y forcejea con intento de estrangularle. ¡ Y cuánto nos ha costado arrancárselo de sus crispadas manos! Después ha vuelto contra sí mismo su propia rabia; descargaba sobre su pecho fuertes puñetazos, se maldecía, maldecía á su compañero, é invocaba los demonios del infierno. Su declaración es falsa; las malditas cartas escritas á Babingthor, cuya autenticidad afirmó bajo juramento, son apócrifas. Escribió algo diverso de lo que la Reina dictara, por instigación del miserable Nau. En esto, ha corrido á la ventana, y arrancado los postigos con desenfrenada violencia. A sus espantosos gritos ha acudido gente, y ha empezado á exclamar que era el secretario de María, el desalmado que la acusó falsamente, que era un impostor, un réprobo.

ISABEL.—Vos mismo decís que no estaba en sí; las palabras de un insensato, de un furioso, nada prueban.

TALBOT.—Pero su propio delirio es una prueba. ¡Oh! Reina; os conjuro á que ordenéis una nueva información, á que no obréis precipitadamente.

ISABEL.—Sí;... consiento en ello, conde, ya que lo deseáis; mas no porque crea que mis pares hayan juzgado con ligereza. Se empezará de nuevo el sumario, para que os tranquilicéis, conde. Por fortuna, es tiempo todavía,... nuestro honor real no debe quedar empañado con la menor sombra de duda.

ESCENA XIV

Dichos. — DAVISON

ISABEL.—¿Dónde está, Davison, la sentencia que ayer dejé en vuestras manos?

DAVISON (*con la mayor sorpresa*).—¡La sentencia!...

ISABEL.—Que os di á guardar...

DAVISON.—¡Á guardar!

ISABEL.—El pueblo amotinado instaba á que firmase, y siendo necesario obedecerle, firmé, pero cediendo á la coacción,... os entregué la sentencia para ganar tiempo... Ahora, dádmela otra vez...

TALBOT.—Dádsela, sir Davison; las circunstancias han cambiado, y empezará de nuevo el proceso.

DAVISON.—¿De nuevo? ¡Misericordia!

ISABEL.—No reflexionéis por más tiempo... ¿dónde está la sentencia?

DAVISON (*desesperado*).—¡Soy perdido... soy muerto!

ISABEL (*con viveza*).—Supongo que no habréis...

DAVISON.—Soy perdido; no tengo la sentencia.

ISABEL.—¡Qué!... ¿Cómo?

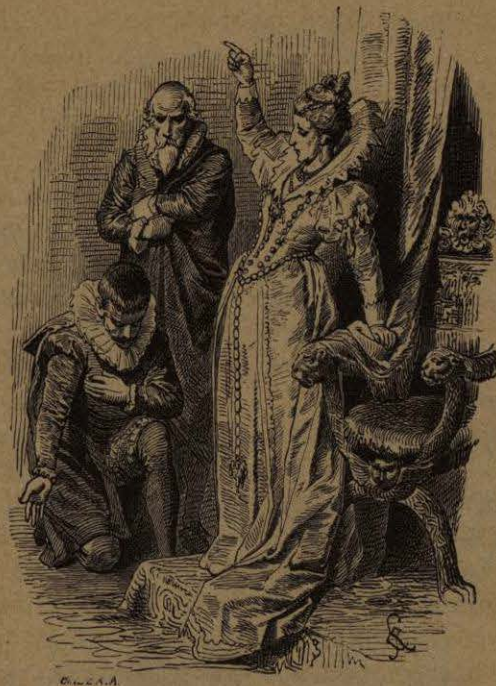
TALBOT.—¡Cielos!

DAVISON.—Está en poder de Burleigh... desde ayer.

ISABEL.—¡Desgraciado!... ¿Así obedecisteis mis órdenes? ¿No os mandé severamente que la guardaraís?

DAVISON.—No me disteis semejante orden, Reina...

ISABEL.—¿Te atreves á desmentirme, miserable?... ¿Cuándo te dije que entregaras la sentencia á Burleigh?



DAVISON.—No en términos explícitos... concretos... pero...

ISABEL.—¡Infame! Osaste interpretar mis palabras, introduciendo en ellas tu criminal pensamiento. ¡Ay de tí! Si se sigue una catástrofe del acto verificado por tu propia voluntad, me lo pagarás con la vida. Ya veis conde Talbot, cómo abusan de mi nombre.

TALBOT.—Veo... ¡Oh, Dios mío!

ISABEL.—¿Qué decís?

TALBOT.—Si Davison ha tomado por su cuenta semejante resolución, obrando á despecho de vuestras órdenes, debe comparecer ante el tribunal de los pares por haber entregado vuestro nombre á la execración de la posteridad.

ESCENA XV

Dichos.—BURLEIGH.—Luego KENT

BURLEIGH (*hincando la rodilla ante la Reina*).—Viva mil años mi soberana, y Dios haga que todos los enemigos de Inglaterra perezcan como María. (*Talbot oculta el rostro. Davison retuerce las manos con desesperación.*)

ISABEL.—Hablad, milord. ¿Habéis recibido de mí la orden de la ejecución?

BURLEIGH.—No, Reina; la he recibido de Davison.

ISABEL.—¿Davison os la entregó en mi nombre?

BURLEIGH.—Precisamente en nombre vuestro, no.

ISABEL.—¿Y la habéis cumplido sin conocer mi voluntad? La sentencia era justa ciertamente, y el mundo no puede censurarnos, pero no debíais impedir el uso de la clemencia. Os destierro de la corte por semejante hecho. (*A Davison.*) Severo castigo os aguarda por haber traspasado criminalmente los límites de vuestras atribuciones; abusasteis del sagrado depósito que se os confió. Condúzcanle á la Torre; quiero que sea perseguido como reo de Estado.—Mi noble Talbot, sois de mis consejeros el único que he encontrado justo: sed desde ahora mi guía, mi amigo.

TALBOT.—No desterréis, señora, vuestros más fieles amigos, ni arrojéis á la cárcel á los que han obrado

por vos, y ahora se callan por vos... En cuanto á mí, gran Reina, permitid que deponga en vuestras manos el sello que me fué confiado doce años ha.

ISABEL (*sorprendida*).—No, Talbot, no me abandonaréis ahora, ahora...

TALBOT.—Perdonad. Soy demasiado viejo, y esta mano leal es harto inflexible para sellar vuestros nuevos actos.

ISABEL.—¡Qué!... ¿El hombre que me salvó la vida, querrá abandonarme?

TALBOT.—Poco hice, señora; no he podido salvar asimismo la parte más noble de vuestro sér... Vivid, reinad con fortuna. Vuestra rival ha muerto, y no tenéis ya nada que temer, ni nada que respetar. (*Se va.*)

ISABEL (*al conde de Kent que entra*).—Que venga el conde de Leicester.

KENT.—El conde ruega á la Reina que le excuse; acaba de embarcarse para Francia.

(*La Reina se contiene y afecta serenidad. Cae el telón.*)

